

ENCUENTRO CON PEREGRINOS EN LOYOLA

Como os decía al principio sed bienvenidos, esta es la basílica, pero obviamente, trasladaros hace 500 años, y aquí lo que existía era la casa-torre donde nació Ignacio de Loyola, que era el pequeño de una familia numerosa, como muchos vosotros, los hijos de familias numerosas, y siendo él el más pequeño, como a veces, acontecía en las familias, fue criado por una nodriza de un caserío cercano, con lo cual su vida, en un primer momento, fue entre la casa señorial, en casa de la torre feudal de una familia feudal, pero al mismo tiempo en el contexto de una familia con una nodriza que ayudaba a la crianza de una familia numerosa.

Y fijaros, aquel era un tiempo, en el que las almas habían sido educadas en reconocer a Dios como dueño y señor de nuestra vida, y eso obviamente Ignacio lo tenía y aquel tiempo dio a luz grandes almas en esta tierra. De hecho, ahora que estamos hablando de hace quinientos años, decir que hace quinientos años otro vasco nacido muy cerquita de aquí, en Guetaria, estaba dando la vuelta al mundo y le faltaba un año para terminar el periplo, o sea, otro vasco en aquel mismo tiempo también estaba dando la vuelta al mundo: Juan Sebastián Elcano. Y otro vasco, Miguel López de Legazpi, también nacido muy cerquita de aquí, a 15 km, también estaba a unos cuantos kilómetros de distancia, llegando a las Filipinas; y Urdaneta también muy cercano de aquí, de Villabona estaba por lo que es curioso que, en aquellos pocos años, muy concentrados, hubo una serie de vascos que, con un corazón universal, Dios se sirvió de ellos para grandes gestas en la vida.

Pero sin duda alguna, entre todos ellos subo a alguien especial, que fue Ignacio de Loyola, a quien el Señor le purificó y le curtió para que su idealismo fuese un idealismo santo. Porque en los idealismos humanos, en los grandes idealismos, también se nos suele colar por debajo la vanagloria, inevitablemente, queriendo hacer grandes gestas queriendo decir : «quiero hacer de mi vida un reto, quiero dejar huella, no quiero vivir únicamente para mí mismo, quiero vivir para los demás». Pero cómo se es capaz de descubrir las nuevas tierras, de dar la vuelta al mundo, pero qué atrevido es dar la vuelta al mundo, que salieron 240 y llegaron 14 de los que habían salido, pero qué atrevidos.

Y es verdad que, a veces, ese idealismo que es muy hermoso, hoy en día falta, porque es verdad que vivimos en una cultura en la que uno se encierra en buscar su bienestar «yo, mi y lo mío, no te metas en líos, no te metas en follones, tu busca tu metro cuadrado de bienestar y renuncia a pretender cambiar el mundo, sino que más bien hago un pacto con la mediocridad». Ese es nuestro problema, el renunciar a los grandes ideales. Y un joven que renuncia a los grandes ideales deja de ser joven, tiene un corazón espiritualmente envejecido, como hay ancianos que tienen corazones jóvenes que tienen un deseo de santidad y un deseo de transformar el mundo en Cristo.

Entonces, 500 años después, nos damos cuenta que el idealismo es importante, que ser idealista es importante, porque Dios nos ha creado con un corazón idealista, con un deseo de cambiar el mundo. Y si no te apresuras a cambiar el mundo con tu idealismo, es el mundo el que te cambia a ti. Esto es así: o tú mantienes tus ideales o el mundo te fagocita. Y es cierto, que decía antes que, a pesar de que existió ese idealismo hace 500 años, inevitablemente se nos cuele la vanagloria. Y uno, en ese deseo de cambiar el mundo, también se busca a sí mismo y dice: «me gustaría yo ser el primero en dar la vuelta al mundo». Entonces, en ese idealismo, se cuele por debajo de la puerta, por la chimenea, se nos cuele la vanagloria. Y entonces uno no termina de saber si está sirviendo al prójimo, si está sirviendo a Dios o si está sirviéndose a sí mismo. Es difícil distinguir eso porque me busco a mí mismo también haciendo cosas buenas.

Y ¡hete aquí! que la figura de Ignacio de Loyola, creo que es un gran regalo de Dios para la vida de la iglesia, para discernir y purificar cuál es la intencionalidad, cuál es la finalidad de nuestra vida buscando la gloria de Dios; ese es el lema de San Ignacio de Loyola: nuestra vida ha sido creada para la mayor gloria de Dios, no para tu vanagloria. Porque, paradójicamente, no hay punto intermedio: o buscas la gloria de Dios o te buscas a ti mismo. ¿Tú qué buscas?, ¿quedar bien?, ¿buscas triunfar?, ¿buscas ser famosa? o ¿tú lo que buscas es sencillamente la voluntad de Dios, y en Dios amar y servir a los que Dios te ponga en el camino de tu vida? ¿Buscas la gloria de Dios o te buscas a ti mismo?

San Ignacio de Loyola dio a luz los ejercicios espirituales y en esos ejercicios espirituales hay un discernimiento de espíritus: ¿cómo yo descubro si algo es de Dios o no es de Dios?, ¿cómo distinguir lo que es la llamada de Dios de lo que es meramente una ocurrencia mía en la que yo busco mi interés?, ¿cómo distinguir eso?, ¿cómo distinguir cuál es el camino que Dios tiene reservado para mí? Todo eso supone un discernimiento de espíritus y que uno aprenda a distinguir la voz del Espíritu entre otras muchas voces. Y aprender a distinguir y discernir la voz del Espíritu Santo entre miles de voces.

Antes estaba dando la bendición a una peregrina, casi recién nacida, que tenéis en vuestras en vuestra peregrinación. Esta niña con tan pocos meses, aunque aquí estáis un montón de gente que la rodea, no hay miedo de que confunda vuestras voces y las voces de su madre. La voz de su madre la distinguiría entre 150 voces porque enseguida esa voz la identifica con claridad. Eso es lo que estamos llamados a hacer nosotros en medio de tantas voces, en medio de tantos ruidos: distinguir con claridad la voz de Dios en nuestra vida. «Señor, ¿qué quieres de mí?», distinguir su voz para seguir su camino.

Solamente hay una manera de poder hacer ese discernimiento, que es vivir en una actitud de plena y limpia búsqueda de Dios, en una actitud de conversión. San Ignacio de Loyola estuvo aquí nueve meses, que yo creo que es casi como una gestación, lo que dura la gestación de los nueve meses hasta el parto, y aquí estuvo él nueve meses convaleciente, cuando le trajeron herido desde Pamplona. Y hubo un momento en el que su vida estuvo colgando un hilo, que podía haber fallecido, y en la víspera de San Pedro y San Pablo tuvo una mejoría, él era muy devoto de San Pedro y San Pablo, y después ya se fue restableciendo. Y él, en su interior, vivió una gran batalla, y en esa gran batalla vence Jesucristo y él decide no buscar la vanagloria sino buscar únicamente el querer de Dios, y en Dios amar al mundo y en todo amar y servir.

Y en esta batalla, en esos nueve meses, Ignacio de Loyola quizás pensó que ya había llegado a la meta. Había dicho: «mi conversión ya se ha producido y se ha concluido, entonces ya está» y comienza un camino a partir de aquí y sale andando desde Loyola hasta Manresa. Pero él descubriría que no era así, que la tarea de la conversión y del discernimiento es cosa de toda la vida. Porque él pensó ser santo de una manera concreta, pero Dios le fue, poco a poco, indicando que tenía otros planes, otros designios.

¿Él cómo se imaginó ser santo? se lo imaginó de una manera romántica. Él dijo «iré a Tierra Santa y vivir como Jesús, y por eso me meto en un rincón en una cueva en Belén». Así se lo imaginó él, y fue a Tierra Santa, vaya que sí fue, y se quiso quedar allí viviendo como un ermitaño. Pero los franciscanos que estaban allí no le dejaron porque aquello era un sitio peligroso, porque ahí el islam había llegado, y tener ahí a un converso viviendo como un ermitaño era un peligro, y por ello le mandaron al barco de vuelta. Él se resistió, se quiso escapar y le dijeron: «tenemos autoridad del Papa para excomulgar al que se resista, así que vete al barco», y se tuvo que volver. Pero él pensaba: «pero yo no tenía que ser santo aquí, viviendo como un ermitaño...», y pensó: «ya volveré. Igual no se puede estar solo, así que ya buscaré unos cuantos».

Entonces, buscó a unos compañeros, buscó a la primera Compañía de Jesús, y pensó: «nos vamos a Tierra Santa ahora que estamos unos cuantos, pero ¿cómo lo hacemos?». Entonces viajar era caro, no sé si era como subir al espacio como el de Amazon, no digo que fuera tan claro, pero era un gran proyecto ir en barco a Tierra Santa. Y aquellos primeros seguidores de Ignacio quedaron que iban a predicar y pedir limosna en el entorno de Venecia. Predicarían durante un tiempo largo pidiendo limosna y con esa limosna comprarían los billetes para ir a vivir en Tierra Santa para siempre. Pero sabiendo que había que buscar la voluntad de Dios y no la suya, dijeron: «pero a este plan que estamos haciendo, vamos a introducir una cautela». Y la cautela fue: si en el espacio de un año no sale ningún barco de Venecia a Tierra Santa, entonces vamos a Roma y nos presentamos delante del Papa.

Y resulta, fíjate, Ignacio Tellechea Idigoras, que es el autor de una biografía preciosa de San Ignacio, estudió los anales del puerto de Venecia y dice que ese fue el único año en todo el siglo que no salió ningún barco para Tierra Santa. Porque estaban los musulmanes atacando, era un lugar inseguro en la navegación y no salió ningún barco. Entonces, para ellos, su gozo en un pozo, otra vez. Pero se acordaron de que habían hecho una promesa, una cautela diciendo que si en un año no salía un barco se presentaría ante el Papa, y así todo el dinero que habían recogido pidiendo limosna los repartieron entre los pobres, y fueron ante el Papa. Por ello, Ignacio Tellechea proyecta en su libro, cuando narra este episodio, dice con una belleza muy grande: «soñó en Jerusalén, pero despertó en Roma». Y me parece una expresión bellísima.

Y esta es la vida y este es el discernimiento, porque Ignacio, en el día, en el momento en que él tuvo aquí su conversión, él pensó que su conversión ya estaba terminada, ya estaba hecha. Pero ¿sabes lo que ocurre? Es verdad que él aquí decidió entregar su corazón a Dios, pero inevitablemente él pensaba: a mi modo, a mi manera, con mis planes, según yo lo he pensado. Y Dios le decía: «no, déjame a mí poner la letra pequeña, porque si tú vas entregarte pero como tú quieras, eso no es una verdadera entrega». Luego Ignacio aprendió que la conversión dura lo que dura la vida: toda nuestra vida es un ir poniendo nuestros discernimientos en manos de Dios, que Él lleve

la iniciativa y dejarle a Dios que escriba en nuestra vida. Y no pretender nosotros escribir la historia de nuestra vida y que Dios nos la firme, que suele ser a veces lo que hacemos.

Hay dos maneras de rellenar un cheque muy distintas. Una manera de rellenar un cheque es: cojo el cheque y tú mismo pones la cantidad, tú mismo pones la fecha, tú pones el lugar, y luego te presentas delante de Dios y le dices: «¿me lo firmas?». Y otra manera de rellenar el cheque es firmándolo tu en blanco y diciéndole a Dios: «¿me lo rellenas?» que es bastante distinto. Solamente así, verdaderamente, podemos presentarnos delante de Dios, firmando un cheque en blanco y dejando que Él nos sorprenda en nuestra vida.

Sé que vais a tener, en el transcurso de esta peregrinación, me habéis contado algunos de vosotros, que tenéis dentro de esta peregrinación una llamada vocacional, en la que algunos de vosotros responderéis a esa llamada sobre quién es el que, en su discernimiento, cree que está siendo llamado para seguir al Señor en una especial consagración, y vais a responder esa llamada. Yo me atrevo a deciros, no solo a esos, que lo estáis discerniendo, sino a todo el conjunto de la peregrinación que a Dios tenemos que entregarle un cheque en blanco, diciendo «me fío más de lo que tú escribas en ese cheque, de lo que a mí se me ocurre rellenar en él. Me fío más de tu voluntad que de mis sueños». Es la clave, decirle al Señor: «me fío más de tu voluntad que de mis sueños».

Y además voy decir una cosa, no conozco a nadie que no haya descubierto la voluntad de Dios compaginándola con la purificación de muchos sueños que pensó que serían y no fue así. Pienso una cosa y no fue así. Ojo con identificar nuestros sueños con la voluntad de Dios, porque nuestros sueños tienen que ser purificados, ¿por qué? porque en ellos se ha colado la vanagloria. Como pasó en aquel tiempo, en el que había gente muy realista pero que se le colaba la vanagloria. Y en el fondo el Señor, en el transcurso de nuestra vida, necesita purificar esa vanagloria de muchas maneras; Dios sabe cómo hacerlo: a través del fracaso si te vienes abajo, o a través de humillaciones que a veces hay humillaciones que escuecen, pero ojo, con las humillaciones, en vez de rebotarte con ellas, en vez de quedarse herido con las humillaciones, abrázalas como una purificación, que Dios te quiere purificar de tu vanidad: si me toca hacer el ridículo delante de los demás, ¡bendito ridículo! que has hecho, no te quedes hecho polvo. Vive todo cuanto acontece en tu vida como una purificación, para que hables con el corazón de Cristo y no con amor propio.

El Señor tiene un proceso en el que nos tiene que conducir para desposeernos. Dice el evangelio: «el que busque su vida la perderá, el que la pierda por mí la encontrará». Insisto: me fío más de la voluntad de Dios que de mis sueños, mi instinto me dice eso. Mis sueños quieren triunfar; el Señor no suele querer que triunfemos, suele querer que demos fruto, que no es exactamente lo mismo. Hay un matiz ahí importante. Triunfar es que me pongan una alfombra roja, que allá que voy yo y venga, pero las cosas no suelen ser así, todo es con contradicciones, con cruz. El Señor no suele querer que triunfemos, quiere que demos fruto, y que en medio de las persecuciones y de tantas contradicciones descubramos el rostro del Cristo real, que es caminante, que es peregrino junto a nosotros. Eso es ser peregrino. En una peregrinación pasan muchas cosas, pero uno se va poco a poco purificando y purificando, con un deseo cada vez más pleno de llegar a la meta y de ser santo.

Y para poder discernir bien, sobre todo, hay una condición que es mantener limpio, intacto, la esperanza de la santidad. Si tú tienes una verdadera esperanza en la santidad, si no renuncias a ese ideal, si tu meta es esa y ninguna otra, entonces discernirás bien. Yo tenía un director espiritual, recuerdo que cuando estuvimos en el seminario tuvimos unos grandes directores espirituales, tuvimos una gran suerte: uno de ellos es venerable y otro está introducida su causa vía beatificación, con lo cual ha sido un regalazo. Y ese director espiritual nos decía : «tened mucho cuidado con la conjunción copulativa "y", que es muy peligrosa». ¿A qué se refería? a que cuando uno dice «yo quiero ser santo y además también otra cosa», ¡uy!, cuidado con el “y”. Porque dice uno: «yo quiero ser santo y además también quiero ser el mejor de mi promoción», ¿Porque añade un “y” al ser santo? el deseo de santidad está todo dicho, no añadas un “y” porque en el fondo va a condicionar el ser santo. Tú di: «yo no busco otra cosa que la santidad, que responder plenamente al querer de Dios», sin "y" copulativa añadida. El “y” Dios me lo irá mostrando, pero no tengo un plan paralelo a la santidad, no hay planes paralelos porque la santidad requiere esa plena disponibilidad en la que no soy yo el que forma los planes. Esta es la gran enseñanza de Ignacio de Loyola, que en el fondo es la que han vivido todos los santos, la que vivió San José, el siervo de Dios que no tenía otro plan que el de ser siervo, el de ser la sombra de Dios Padre en la vida de Jesús.

Entonces, bendita peregrinación en la que San Ignacio os acoge y os da su bendición. Si os parece, vamos a tener un momento de diálogo, y si alguno de vosotros se anima, que se acerque aquí y que nos formule alguna pregunta. Yo intentaré responder y confío que nadie va a hacer una pregunta indiscreta, e intentare responder a lo que fuere. A ver quién se anima.

Aquí dicen, antes de que alguno se anime a hacer alguna pregunta, que yo cuente mi vocación personal. Tiene bastante que ver con algunas de esas claves que he dado, porque obviamente cada uno explica las cosas desde lo que él ha vivido. Yo voy a decir que hasta los 16 años jamás había pensado la posibilidad de que el Señor pudiese pedirme ser sacerdote, nunca lo había pensado, es que es algo que no había rondado en mí en mi vida. Había tenido una familia católica y había sido educado en un colegio donde había un pequeño grupito de jóvenes que teníamos un acompañamiento espiritual; éramos una minoría, una minoría clara dentro ya de un ambiente secularizado y muy lleno de ideologías políticas, etc. pero allí había un pequeño resto que si que éramos en la clase, éramos cuatro o cinco o seis. El sacerdote era atrevido y nos juntábamos los sábados por la mañana y preparábamos la palabra de Dios del domingo, y el sábado por la tarde íbamos a la cárcel de Martutene, y visitábamos a los presos y hacíamos ejercicios espirituales anualmente. Era un pequeño grupo, un pequeño resto, pero con un sacerdote atrevido que se atrevía a hacer cosas.

Y recuerdo, perfectamente, que hubo unos ejercicios espirituales, en un fin de semana, en los que se nos propuso, se nos habló de la vocación, etc. y yo como pensaba que eso no era para mí, recuerdo que aquella charla prácticamente no la atendí y nos repartieron un papel con citas bíblicas de las llamadas de Jesús, y me acuerdo que yo con ese papel dije: « esto es para un amigo mío, Gustavo, para Gustavo que ya es cura» y se lo di para que él lo meditase, y le dije « toma Gustavo, que igual te viene bien tener dos» y se lo di a él.

El caso es que cuando terminó aquellos ejercicios, al sacerdote se le ocurrió poner un brasero con carbones ardiendo delante del altar. Y entonces, en el momento de la acción de gracias, nos repartió a todos un papel con un boli para que cada uno fuese escribiendo lo que él quería ofrecerle al Señor como conclusión de los ejercicios espirituales. Y la gente escribía y se levantaba y lo echaba al brasero de carbones ardiendo. Yo me acuerdo que todo el mundo estaba escribiendo, y recuerdo perfectamente, que era la víspera de mi cumpleaños, y que yo decía: «y ¿yo qué pongo? a misa ya voy, el rosario ya rezo, entonces, a ver ¿qué voy a poner? que voy a rezar un vía crucis, hombre, y si luego ¿no lo hago?». Es que no sabía muy bien qué poner ahí, y me acuerdo que me quedé el último y que firmé José Ignacio y lo entregue en blanco, así lo entregue y pensé: «Señor, no sé, a mí no se me ocurre, tú ya escribirás lo que quieres escribir, pero a mí no se me ocurre», y lo entregue en blanco. Tenía unos 16 años y cumplía 17 el siguiente día y así me fui a casa.

decir que, por primera vez en mi vida, aquella misma noche me vino con una fuerza difícil de explicar, con una intensidad no fácilmente verbalizable, la idea, la sugerencia, la intuición de que el Señor me decía: «yo tengo planes para ti, tengo un designio para ti, tienes que dejarlo todo y ven y sígueme». Y claro, ese momento me dejó perplejo porque rompía todos mis planes, porque ya te puedes imaginar, que ya te vas haciendo, con esa edad, vas haciendo castillos en el aire y entonces recuerdo que, enseguida acordé que yo había entregado aquel papel firmado en blanco. Y también observé algo que es misterioso, sobre cómo puede ser, que una llamada te cueste tremendamente, porque te rompe todos tus planes, te lo pone todo patas arriba, te hace sangrar el corazón, pero al mismo tiempo te da una paz y una alegría que nunca habías percibido. ¿Cómo es posible que algo que me cueste me dé tanta paz y alegría?, ¿cómo es posible eso? Y yo decía en mi interior: «esto sólo puede ser cosa de Dios, porque algo que humanamente me viene tan a contracorriente de todos mis planes, ¿cómo me puede dar tanta paz y alegría? esto si no es del Espíritu Santo, yo no me lo explico de otra manera».

Yo me acuerdo, muchas veces, de ese pasaje en el que, en el Sinaí, Moisés ve la zarza. En el momento, en que Moisés es llamado ve la zarza ardiendo, y la zarza no se consumía y dice. ¿Cómo es posible que una zarza esté ardiendo y no se consuma?, ¿cómo es posible que, a mí, algo me rompa todos mis planes, me lo ponga todo patas arriba y al mismo tiempo me llene de paz y de alegría? es que esto tiene que ser una cosa de Dios. Y ese fue mi discernimiento. Y me acuerdo que se lo dije a mi madre, el día de mi cumpleaños y mi madre se quedó perpleja. Durante tres días ella mantuvo un silencio y ese silencio me costaba a mí. Y pasados los tres días yo dije a mis padres: «quisiera hablar con vosotros». Y entonces, observé que mi madre ya había hablado con mi padre, y que dijo: «bueno y ¿qué dice el curita?», me dice nuestro padre en la sobremesa. Y entonces yo les dije lo que había, y ellos, los dos, que ya están en la gloria de Dios, me dijeron: “mira, si Dios te llama a ser sacerdote será una alegría para nosotros, pero te pedimos que seas sacerdote y solo sacerdote. Que no sirvas a otros ideales, que no te metas en política, que no busques la gloria de este mundo”, que vamos, me pusieron firme, firme totalmente, porque ellos también sufrían por muchas crisis que veían.

Y la verdad es que cuando luego fui al seminario, yo tenía una cierta curiosidad de ver cómo había sido la vocación de los demás. Entonces nos preguntábamos: «tú ¿cómo has conocido tu vocación? y ¿tú cómo la has conocido? y ¿tú?». Nos preguntábamos

unos a otros, entre los compañeros de curso y era la pregunta estrella de los primeros días: «¿tú cómo estás aquí?, ¿lo tuyo cómo ha sido». Y entonces comprendí que el itinerario, digamos fáctico, puede ser muy distinto de unos a otros. Que cada uno de nosotros tenemos un recorrido único e irrepetible, que no hay dos historias iguales, pero que sí que hay algo de común y es que la vocación nace de Dios y que cuando Él toma el control, toma el volante, toma el timón, Dios es capaz de sellar con su paz y alegría el corazón del hombre. Y allí donde Dios es capaz de dar esa paz y esa alegría, solamente de Él puede venir, y uno ya no puede dudar de que Dios está presente.

Y yo intuí aquella noche, en aquel día tan especial de mi vida, que yo no podía mirar para otro lado, que yo no podía mirar mirarme al espejo sin quitar la mirada, si en aquel momento no reconocía que estaba siendo objeto de la llamada del Señor y no iba a poder estar en paz en mi conciencia en mi vida. Yo necesitaba tener una conciencia de plena transparencia, que no quería tener en ningún cuarto en el que no hubiese permitido que Jesús entrase y que hiciese la luz y que me dijese lo que me tuviese que decir. Yo creo que ese es el punto de partida que es necesario para poder escuchar la voz de Dios y decir: «Señor, habla, que tu siervo escucha. Dime lo que tengas que decir, si me tienes que romper la sordera tú sabes cómo hacerlo. Y confío más en tu llamada que en mi propia iniciativa». Creo que esa es la clave.

Con respecto a los miedos ante las llamadas de Dios, o imagínate, que intuyes que el Señor puede llamarte al sacerdocio. No todas las llamadas se producen con el mismo grado de certeza, ya que hay llamadas que también están hechas de una manera en las que puede convivir con un cierto grado de duda interior. Y os voy a decir que yo, de los compañeros del seminario que más admiré, fueron aquellos que tenían una duda razonable de si el Señor les llamaba. No tenían el grado de certeza que tenía yo, pero tenían una duda razonable y decían «creo que sí que es posible que el Señor me llame», pero tenían su duda. Y fueron tan limpios y tan generosos con Dios que dijeron: «la única manera de disipar esta duda es verla desde dentro, pero desde dentro». Porque también la iglesia, hoy en día entiende, que un joven vive en unos parámetros tan distantes, etc, que puede convenir que tenga un discernimiento desde dentro para ver si esa llamada es cierta. Por ejemplo, en los seminarios de hoy en día, se ha puesto como un curso de propedéutico, que es un primer curso en el que uno propiamente, sin entrar ya a saco con el estudio de la carrera, tiene un primer año de centrarse, de reafirmar la llamada antes de comenzar, y me parece muy interesante. Y también muchos noviciados a la vida religiosa, etc suelen proponer a los candidatos o a las chicas que se plantean su duda, la propuesta de hacer una experiencia. Y ¿por qué no antes de comenzar un noviciado o un postulante vienes y haces una experiencia?

Es decir, a mí me conmovía ver que algunos compañeros habían ido al seminario porque tenían una duda razonable, con bastantes elementos de que podrían estar siendo llamados de por Dios, y entendían «yo la única manera que tengo de disipar estas dudas es viéndolo desde dentro». Algunos de ellos llegaron a ser sacerdotes y otros, desde dentro, veían con claridad que no lo eran, y dejaron el seminario. Incluso, recuerdo alguno, que a mí me parecía que él podía tener unas cualidades maravillosas de ser sacerdote, y que fue precisamente cuando hizo el mes de ejercicios de San Ignacio de Loyola, cuando él vio, con plena claridad, que el Señor no le quería para el seminario sino para la vida matrimonial. O sea, que acercarse más a Dios no es perder la libertad para conocer, todo lo contrario: cuanto más te acerques a Dios, más claro vas a ver cuál es tu camino. Si alguno piensa que por acercarse mucho..., es que si me

acerco muy mucho entonces lo mío va a ser que voy de monja, entonces ese planteamiento es autorreferencial, ese planteamiento no es cristocéntrico. Es que cuanto más me acerque a Cristo, más claramente voy a ver lo que tenga que ver, porque Él quiere que disciernas con autenticidad, con veracidad, con libertad. Luego cuanto más te acerques, si es que no, vas a ver con más claridad el no.

Yo creo que esto es importante a la hora de disipar todo tipo de miedos, porque es verdad que el grado de certeza en las llamadas no es el mismo en todos los casos. Hay personas a las que la llamada les ha acompañado durante muchos años en su vida y luego fue como el Guadiana, que desapareció durante un tiempo pero luego volvió. Es que hay procesos que son misteriosos y es muy importante el acompañamiento espiritual. El acompañamiento espiritual tiene que ser fiel para responder a lo que en su conciencia, va conociendo, va percibiendo, va intuyendo como el camino que Dios le va mostrando. Porque claro, la gran paz en tu vida es decir: «yo en mi vida he buscado en todo momento lo que Dios quería de mí», es que poder decir eso es una fuente de paz y alegría inmensa.

Repito la pregunta que se me ha formulado, que es y ¿el miedo a la maternidad? Porque también en nuestra cultura existe el miedo a la maternidad, el miedo abrirse a la transmisión de la vida y claro que también existe ese miedo, igual que existe el miedo a la llamada a la vida consagrada. Es muy patente ese miedo en nuestro tiempo, es muy patente. De hecho creo, que pocas cosas retratan más la crisis espiritual de occidente que la crisis de la natalidad, eso es un retrato clarísimo de lo que pasa en occidente. Occidente no tiene esperanza y, si uno no tiene una esperanza, no se arriesga a nada. Porque ser padre es arriesgarse, y es complicarse la vida, es complicarse la existencia. Los hijos dan problemas, es que los hijos claro que dan problemas. Y uno dice: «yo no quiero tener problemas, quiero vivir más cómodamente, quiero realizar mi plan; y después que realice mi plan ya voy a ver si después finalmente me encaja el tener un hijo o no, o dos, o los que fuera». Pero con mi plan realizado: primero realizo mi plan y después...eso está continuamente acompañándonos. Detrás de todo eso, ¿qué es lo que se esconde? De nuevo se esconde la vanagloria: buscar mi gloria, buscar mi plan interno y olvidarse de que hay un designio del que somos un instrumento de Dios. Parece como si yo fuese el que formulo mi propia vocación, yo la diseño hacer una vocación de diseño, y eso nos conduce a la frustración.

Lo cierto es que es curioso, pero la familia numerosa es una paradoja en nuestro mundo. Porque este mundo tiene una mentalidad antinatalista, pero la familia numerosa al mismo tiempo te enamora. Cuando uno ve a una familia numerosa, es que tiene una belleza, tiene una capacidad de transmisión que muchas personas miran a una familia numerosa con una mirada que no se sabe si es de crítica o de envidia y admiración. Pero estoy convencido de que la alegría de transmitir la vida, sabiendo que yo no formulo mi plan sino que soy instrumento de Dios para dar la vida al mundo, y que Dios me hace feliz en el olvido de mí mismo, es que eso se demuestra con la felicidad que se vive en una familia numerosa.

Y os voy a decir que, entre las cosas que más bien me han hecho en mi vida, ha sido que cuando yo era un sacerdote jovencito, que me ordené como cura con 24 años, muy cerquita de aquí, en Zumárraga, a pocos kilómetros, entonces recuerdo que de las cosas que más bien me hicieron fue cuando yo era invitado por una familia católica a su casa y tu compartías lo que es la intimidad de una familia así, y veías lo que es un lugar

en el que lo dan todo, porque en una familia así uno no tiene ni para él un metro cuadrado para decir «aquí que no me molestes chaval...», pero no tienes ni un metro cuadrado, no tienes un minuto para ti, allí no hay tregua, o sea, uno entra en esa casa y tienes que remangarte rápidamente y todo mundo está... Ahora, tú veías ese espectáculo y veías su alegría y cómo se colocaban en la mesa donde cada uno ayudaba a la siguiente, y tú salías de esa casa diciendo: «y yo ahora me voy a ir a la parroquia y voy a decir despacho de ocho a nueve» a ver, hombre, yo no puedo vivir protegiéndome a mí mismo, poniéndome límites a mi entrega cuando he visto aquí lo que he visto. Mi vida sacerdotal solamente puede tener sentido si me entrego a tope, y yo no puedo tener horarios, yo no puedo tener límites en mi entrega, porque tú habías estado con esa familia, habías visto lo que habías visto, y salías con las pilas puestas. Entonces no somos conscientes de la potencialidad evangelizadora que tiene el abrirse al don de la vida, el perder el miedo a complicarse la vida, porque uno dice: «es que si tienes hijos y te complicas la vida, te complica la existencia, ya ando en tus planes, tus proyectos...». Pero todo eso está pensado desde ti, todo eso está pensado como si tú fueses el que pilota tu vida. Es que no te has dado cuenta de que es Dios el que dirige nuestra existencia y que nuestra felicidad consiste precisamente en dejarle a Él.

Hay un famoso libro de Santa Maravillas de Jesús que tiene el título *Si tú le dejas*, está dicho por una monja de clausura a su nivel, es que para una monja de clausura eso es obligado, pero no, que también en un convento de clausura puede ocurrir que uno no le deje a Él, y un cura también puede no dejarle a Jesús que mande, un casado también puede no dejarle a Jesús que mande...y si tú le dejas las riendas de la vida a Jesús, verás qué bien lo hará. Yo creo que ese miedo está, sencillamente, porque no hemos descubierto todavía la potencia, la frescura, la grandeza del amor de Jesucristo, y no hemos terminado de fiarnos de aquel que nos quiere incondicionalmente. Eso es tener miedo, es no terminar de fiarnos del amor de Jesucristo. Por eso es tan importante la advocación “Sagrado Corazón de Jesús en vos confió”, es tan importante esa advocación, el acto de confianza y de abandono en las manos de Jesús.

Repito la pregunta: ¿cómo puede discernir una chica la posible vocación a la vida consagrada, siendo así que durante mucho tiempo en su vida, igual no ha encontrado otra vocación clara, nítida o segura en su vida? Es verdad que la vocación no necesariamente tiene que ser de joven, vamos que yo pienso que tuve la gran suerte de tener la vocación a una edad jovencita y tuve esa suerte, pero también es verdad que la iglesia va observando que es, bastante frecuente, que haya vocaciones que se han llamado tradicionalmente tardías. Porque como lo más frecuente era que las vocaciones fuesen de jovencitos, entonces cuando no era así se les llamó tardías. Con el paso del tiempo hemos visto que no hay que llamarles tardías, sino que sencillamente es que la situación de cada uno y el proceso y el itinerario de cada uno es único e irrepetible. Y es verdad que quizás también es propio de nuestra cultura el que uno, a veces, esté buscando sin saber exactamente por dónde le quiere Dios, porque en esta vida los procesos de maduración, muchas veces, son bastante tardíos. O sea, que quiere decir que no hay que tenerle miedo a la posibilidad de que una llamada de Dios también se produzca en un momento en el que otros ya discernieron su vida hace tiempo y yo todavía estoy en una situación en la que no he terminado de verlo claro. Quitarle miedo a esa posibilidad.

Creo que, especialmente la vida de oración es elemento clave para ese discernimiento, que acontece en esa intimidad, en el que esa alma de esa chica, en su relación con el

Señor cómo vive su oración, y especialmente si va captando, si va percibiendo que siente una llamada esponsal, una esponsabilidad de entregarle el corazón plenamente al Señor de una manera indivisa. Cuando un chico le dice a una chica «¿me quieres?» ya se imagina que también le quiere a su padre y a su hermano y a ... «¿me quieres?» me refiero a ya sé que quieres además a más gente, pero me estaba preguntando si esa parte del corazón que no es divisible, si esa parte del corazón que es indivisible sólo se la puede entregar a uno o a una, porque si se la entregas a dos, aquí hay un conflicto, si es para mí o no es para mí. Cuando alguien le pregunta al otro si me quieres, se está refiriendo a eso. Entonces hay algo en ese corazón, que es lo indivisible del corazón, que tiene una entrega esponsal, y uno en la oración con el Señor tiene que llegar hasta ahí, llegar a ese lugar y decir: «mi corazón ¿de quien es?, mi corazón yo percibo en él que es de Jesús y que está llamado a entregarse a Él directamente en una esponsabilidad directa.

Porque es verdad que en el matrimonio uno se entrega a su esposa como Cristo se entregó a su iglesia, pero la entrega tiene una mediación digamos matrimonial. Pero esa llamada directa a la esponsabilidad con Cristo también existe, y uno tiene que, en el silencio de su oración, presentar su corazón al Señor y decir: «Señor, ¿me das el don de que mi corazón afectivamente sea tuyo, para siempre, sin necesidad de otra mediación, sino directamente contigo, solos para siempre?». Eso es lo que hay que preguntar: ¿he recibido de ti ese don? Porque ese don supone que uno se siente plenamente colmado, plenamente lleno en esta relación esponsal con el Señor. Eso creo que se percibe especialmente en la oración profunda en la que el Señor te va revelando si te da la gracia de que tu corazón sea esponsalmente suyo, plenamente y para siempre.

Creo que también, una vez más, el acompañamiento espiritual y la oración profunda realizada con el Señor de esponsabilidad es clave para ese discernimiento. Porque a veces puede ocurrir que algunas personas confunden la vocación con las cosas que hacemos. La Madre Teresa de Calcuta decía: «no confundamos la vocación con las acciones que hacemos», porque la vocación es más ser y luego se traduce en hacer. Pero la gran pregunta para saber si una joven tiene vocación es decir: su corazón tiene ese don de esponsabilidad plena y directa con Jesucristo. Y luego a qué se dedique, qué tipo de dimensión apostólica tenga, sea contemplativa o sea tal, eso ya es posterior en el discernimiento.

La pregunta es ¿puede haber alguna vocación que sea para un tipo de servicio más concreto, por ejemplo para ser educador o ser médico, etc? entonces yo creo que hay que distinguir porque la palabra vocación tiene distintos niveles. El nivel más, digamos, básico es el seguimiento a Jesucristo, y eso lo da el sacramento del bautismo. Por el sacramento del bautismo recibimos la vocación, en el sentido más radical de la palabra: seguir a Jesucristo. Luego existe la vocación dentro de la vocación, que es descubrir el estado de vida, y fundamentalmente puede ser al matrimonio, puede ser al sacerdocio, a la vida consagrada. Y fijaros una cosa, y luego alguien viene dice: «y ¿los solteros?» Un soltero en el fondo, él sabe, ve que no está llamado al matrimonio y que, como se dice, se queda soltero. El soltero claramente está adscrito dentro de esa división de estados de vida a la situación de consagrado, aunque no haya habido una consagración de votos explícita a través de un instituto. Pero un soltero está llamado a santificar su vida al modo de un consagrado. Luego nadie se queda fuera de esta distinción de estados de vida.

Y luego una tercera acepción de la palabra vocación es vocación ya dentro de ese estado de vida. Es verdad que Dios da unos carismas, yo quizás le llamaría mas carisma, lo llamaría carisma. Y un sacerdote también tiene carismas, porque mira, este sacerdote tiene un carisma, tiene un don para la predicación, y este tiene un don para la atención a las más pobres, tiene un don para los enfermos, tiene un don para el sacramento de la confesión. Existen carismas y, por ejemplo, se dice tiene un carisma de educación muy grande y a esos carismas, obviamente también pueden ser llamados vocación. Por eso, decía yo al principio, contando la historia de San Ignacio, que siempre hay que estar abierto a ese progresivo descubrimiento de dónde me quiere Dios y cómo me quiere Dios, y también esos carismas forman parte de ese itinerario en el que Dios va descubriendo de qué manera y cómo nos quiere.

La pregunta es: siendo sacerdote, ¿no se siente solo? la pregunta es importante porque es verdad, en primer lugar, que un sacerdote tiene también que haber sido educado a asumir en su vida lo que supone el celibato. Porque la iglesia no impone el celibato a los candidatos al sacerdocio; más bien elige los candidatos al sacerdocio entre quienes tienen el don del celibato. Esta distinción que he hecho es importante. A nadie se le impone el celibato, la iglesia lo que hace es escoger sus candidatos al sacerdocio entre quienes tienen el don del celibato, por lo menos en la iglesia latina, en nuestra tradición de la iglesia latina. Y el don del celibato supone también saber asumir y vivir un cierto grado de soledad, de una manera diferente a quien alguien en la vida matrimonial vive, lo cual no quiere decir que no haya que cuidar también esa soledad. Porque un sacerdote dice: «yo debo de saber cuidar mi soledad, pero a mí igual me conviene también vivir con algún compañero sacerdote, porque veo que viviendo con él nos ayudamos, y si no es vivir con él, tener un cierto grado de convivencia o me doy cuenta también como en mi vida...». Porque, a veces la soledad también te la creas tú porque vas adquiriendo unos hábitos de vida a los que te vas cerrando, no convives con los demás y te conviertes en un raro. Nos convertimos en unos raros y es porque también la soledad te la puedes ir creando tú. Que uno tenga el don del celibato no significa que tiene que ser un raro, ojo, sino que tiene que tener la capacidad de convivencia, de saber también discernir.

Yo, por ejemplo, tengo el don de vivir con mi hermano, tengo un hermano sacerdote y él vive ahora conmigo, por lo menos en este momento, en otros momentos de la vida Dios dirá, y obviamente, la convivencia con un hermano sacerdote te ayuda mucho. O sea, cada uno es responsable de cómo gestiona la soledad y de cómo la cuida. Porque tenemos una vocación si celibataria a vivir con el Señor, pero no eremítica. Y uno tiene que gestionar también su relación de fraternidad, de hermandad con su propia familia, que todo ello va complementando, todo ello va haciendo una imagen y va complementando lo que es la integridad de nuestra vida sacerdotal.